

El Gran Abuelo se dejó caer en su sillón. "¡Mon Dieu!" —exclamaba, enjugándose una lágrima con su viejo pañuelo de Amiens. Y en seguida abrazó a cada uno de sus hijos, pronunciando sus nombres, como un profesor que se sabe de memoria los de sus alumnos; además, había leído las obras de sus queridos poetanautas, y los felicitaba, o comentaba frente a ellos muchas páginas maestras, recomendándoles no escribir demasiado extenso ni usar una excesiva terminología de iniciados, "sino que, partiendo de un hecho rigurosamente científico, entrar en lo maravilloso y robarle su corona de cometas preciosos". Allí, rodeándolo, estaban H. G. Wells (que tenía el grado de Almirante, por haber sido el primero en ofrecer sidra aceptable de manzanas planetarias), el extraordinario Olaf Stapledon, el imprescindible Lovecraft, el admirado Blakewood, Lloyd Biggle (autor de un portentoso *Monumento*), y el señor Anderson, impresionante como *Un viaje a la Eternidad*; seguían el trágico John Wyndham (cuya *Supervivencia* es una clásica joya del horror cósmico), y Anthony Boucher, Abernathy, Jameson, Aldiss... bueno, sería cosa de enfocar telescopio tras telescopio hacia tantos ingenios estelares, y lo peor es que son centenares los nombres importantes. No hablamos de la vibrante cohorte de miedos puros encabezados [por Edgar Allan, ni de las milenarias dinastías que bordaron fantasmas en una uña [de marfil, ni de los poderosos emperadores del horror tipo William Jacobs. Hablamos de un género que, como los griegos, no tiene pasado: nacido en el presente, se eleva con un escape de llamas trepidantes al Futuro encendido [como una Lámpara.